

POR AHÍ SE VA EL AMOR

Quiso pensar que sólo eran dos adultos intentando averiguar si podían seguir juntos, si los cambios que la vida y el devenir del tiempo habían producido sobre ellos eran compatibles, o se habían convertido en dos personas tan distintas, que era imposible pensar en un futuro común.

A veces pensaba que ella estaba en un plano superior. Que en su jardín y con su caballo observa la luces de la ciudad y piensa, pobre diablos, mira como corren y luchan por tener una casa más grande, un coche más potente o el último electrodoméstico. Ella, mientras, mira a su caballo, mira la puesta de sol y se ríe del mundo; y piensa que la felicidad está en las cosa pequeñas. Él cree que en ese momento se siente feliz. No sabe si le echa de menos a él, o que pasará por su cabeza, pero sabe que en ese momento, en ese instante, se siente plenamente completa. En el fondo no sabe si es su egoísmo el que con tanto ahínco le lleva a realizar diariamente esa actividad que tanto le agrada, o es su tremenda generosidad la que le permite dejar que él vuele por libre, que decida, que haga lo que quiera, pero jamás, jamás, cortar sus alas.

La libertad es bonita, piensa él, pero sólo cuando tienes con quien compartirla. Él piensa a menudo en ella, esté solo o acompañado. Se pregunta ¿por qué?, ¿por qué nunca está con él?, ¿por qué siente un nudo en el estómago tan a menudo?, ese mismo que día a día le roba un poco de su felicidad y le va dejando un poco más vacío. Se pregunta ¿por qué cambió ella?, ¿o fue él?, ¿cuándo dejaron de hacer cosas juntos?, ¿por qué no supieron mantenerse el uno al lado del otro manteniendo esa promesa que todos los enamorados se hacen y que ellos también se hicieron?

- ¿Te he dicho alguna vez que te quiero?
- No.
- Te quiero.
- ¿Todavía?
- Siempre.

Y la última palabra resuena en su mente una y otra vez hasta causarle una tristeza casi insoportable. Se pregunta por qué cuando llega a casa y la mira no reconoce a la persona de la que un día se enamoró. ¿Por qué habla cosas que él no entiende? ¿Por qué no tiene los mismos deseos, preocupaciones, aspiraciones y sueños? Entonces la tristeza se apodera de él y huye. Piensa, o quizás no piensa, que es mejor huir, dar una vuelta, quedar con alguien.

Algunas veces se sorprende a sí mismo contemplándola mientras duerme. En ese momento le duele hasta el alma, y entonces, una vez más, no puede reunir el coraje suficiente para impedir que unas lágrimas se deslicen por sus mejillas. Trata de pensar como cambiar las cosas pero el pensamiento le consume. A menudo hablan de ello, intenta tener nuevas ideas, cosas que puedan hacer juntos, que a ella le puedan

ilusionar, pero todo es en balde. Apenas ha esbozado un conato de su nueva idea cuando ella ya la ha desechado.

Un día, al final, sucumbe a la tristeza. Se rinde. Sabe que ha perdido. No tiene nada que hacer. Así es la vida: un juego. Unas veces se gana y otras se pierde. Y hoy le toca perder. El problema es que la partida lleva durando demasiado tiempo, más de dos años. El desgaste ha sido tremendo, le cuesta conciliar el sueño y las mismas ideas martillean su mente una y otra vez. Vaya donde vaya, haga lo que haga, esté donde esté, siempre hay algo, una foto, un pequeño comentario, que le recuerdan que se siente tremendamente solo. Solo se tiene a sí mismo. Sus pensamientos. Y por ello mismo a veces duda de ellos. ¿Estará siendo objetivo o se estará autosugestionando? Debería consultarlo con alguien. Eso es, con alguien que conozca a los dos lo suficiente como para ser imparcial. El destello de felicidad le dura un segundo. Lo necesario para caer en la cuenta de que ese alguien no existe. Ella se ha ido encerrando tanto en su edén que prácticamente no tienen conocidos comunes. Muchos ni si quieran la han visto. Otros dudan de su existencia real más allá de la imaginación de él.

Él visita algunas veces a su paraíso particular, donde están su jardín y su caballo, y ve que es feliz. Se da cuenta de que al menos ella es feliz. Quiere preguntarle si no le echa de menos tantas horas diarias en aquel edén. Ella se acerca poco a poco a su caballo, muy sigilosamente mientras él se despereza de su siesta, y entonces se da cuenta. Hay una conexión especial entre ellos, se ve, se nota, se palpa, hay, hay ... cariño. Aquel día, en aquel instante y en aquel lugar no vio a una mujer y a su mascota, sino que vio a dos seres que se entendían y se respetaban. El caballo le dice cosas con su mirada, con sus orejas, con sus movimientos, y ella, que tiene un don especial para los animales, desgraciadamente inversamente proporcional al que tiene para las personas, le responde a cada petición o insinuación. A pesar de las duras tareas que tienen que llevar a cabo sabe que esos escasos momentos le compensan. Ella piensa que él no tiene sensibilidad para los animales porque siempre protesta. Pero se equivoca. Sí que la tiene. Protesta porque es su manera de llamar la atención, de decir aquí estoy yo, de decir todo esto está muy bien, pero, ¿qué pasa conmigo?, ¿qué hay de nuestras promesas de enamorados, y de nuestros planes en común, y de nuestros sueños?, ¿dónde encajo yo en todo esto?.

“Por ahí se escapa
por ahí se pierde
por ese camino del que nunca vuelve
por ahí se va el amor
por ahí se va el amor”

Esa maldita canción se había colado entre sus pensamientos para amargarle la existencia un poco más si era posible. Siempre se había preguntado cuál era el mecanismo que hacía posible que algunas veces determinados pensamientos, canciones o anuncios se colasen entre las neuronas para instalarse allí cómodamente durante un tiempo indeterminado, de tal manera, que el propietario de las mismas no pudiese decidir cuando desechar dichos pensamientos. Qué tiene la música se

preguntaba, que es capaz de elevarte a lo más alto, o de hundirte en la más mísera de las desgracias, de sacarte una sonrisa, o de provocarte una mueca de dolor. Además casi siempre va unida a determinados acontecimientos de tu vida, de tal manera que cada instante y personaje tiene su música, como en el cine. Una determinada canción te lleva a pensar en una persona concreta, te transporta en el tiempo, y por un instante revives un acontecimiento pasado, a veces triste y doloroso, otras placentero, pero casi siempre con un saborcillo melancólico. Te vuelves a ver el día de tu primera comunión, de tu primer beso, de la primera decepción, de la graduación universitaria, o aquella chica, aquella playa y aquella noche inolvidables. Vuelves a sentir como tu corazón se acelera, puedes oler su piel, percibir el sonido de las olas rompiendo en la orilla, ver el contorno de sus labios, su maravilloso cuerpo desnudo, su magnífica sonrisa y oír como pronuncia tu nombre con una voz suave y a la vez entrecortada por la excitación. (Dicen que el hombre no es hombre mientras no oye su nombre de labios de una mujer dijo Antonio Machado. El tuvo la suerte de leer esto siendo un niño, por eso guarda en su memoria cada vez que una mujer ha pronunciado su nombre). Entonces te embriaga la felicidad y te sientes fuerte, por encima de las cosas banales, del bien y del mal, de los problemas cotidianos, de las pequeñas cosas que hacen la vida un poco más difícil. Y sin querer, congelas aquel momento en algún recóndito lugar de tu, en ese instante sobrecogido cerebro, porque sabes, que en algún momento y en algún lugar, esa intensa experiencia vivida volverá a hacerse presente, al volver a aquella playa, o al escuchar aquella musiquilla que sonaba de fondo, que no sabes de donde procedía pero que ya forma parte imborrable de tus recuerdos, de tu existencia, de ti.

“Por ahí se escapa
por ahí se pierde”

Maldita sea, otra vez esa canción que le transportaba a su desdichado presente.

A veces, cuando era su aniversario, se acercaba a aquel lago donde todo había empezado para revivir el comienzo de su maravillosa historia. Se para, intenta determinar dónde fue exactamente, y tras unos minutos cierra los ojos y ... voilà. La imaginación es maravillosa. Allí estaba él, siete años más joven, con aquella rubia extranjera, a las cuatro de la mañana, desnudos, nerviosos y felices. Unos minutos que cambiaron su vida completamente, una nueva casa, un nuevo trabajo, un nuevo idioma, nuevos amigos, nuevas inquietudes, nuevas metas, nuevas preocupaciones; en definitiva todo aquello que forma parte de la vida, pero nuevo. Cambiar de vida es un poco como renacer pensó entonces. Había conocido a aquella mujer cinco años antes en la estación de autobuses de la ciudad en la que él residía. Discutió con su amigo sobre la nacionalidad de aquellas dos chicas; así que se acercaron para preguntar, salir de dudas y zanjar la cuestión. Alemanas. Lo ves, te lo dije. Parecía una novela o una película se decía a veces. Allí estaba él, cinco años después de conocerla, con aquella rubia, desnudos y a punto de entrar en aquel lago, ese lago cuyo agua simbolizaba el bautizo de un nuevo principio. Siete años después de nuevo estaba allí. Entonces se arrepintió de no haber dejado alguna constancia física de aquel hecho, por ejemplo haber dejado algo grabado en un árbol. Puede parecer demasiado juvenil, algo típico de adolescentes, pero ahora le molestaba no haber tenido la idea antes. Es como si

dejando una huella física de algún acontecimiento vivido fuese más real, más tangible, más cercano. Es como acercarse a la tumba de un ser querido para recordarle. Al no tener algo físico como una tumba, es como tener a un padre desaparecido. No hay nada visible, tangible, duradero. Está ahí, pero sólo en tus pensamientos. Los pensamientos no son duraderos, mueren contigo. Con el transcurrir del tiempo se difuminan y cada vez es más difícil recordar lo que realmente ocurrió, se mezclan con las fantasías y terminan por perder algo de realidad. Alguien dijo alguna vez que la Historia es lo que se escribió, pero no sabemos si es exactamente lo que ocurrió. Él sí podía recordar perfectamente lo que ocurrió. Ella, desgraciadamente no. Aquel día, siete años después lo olvidó; y con ese pequeño olvido su historia se resquebrajó un poquito más. Sólo era una muesca más en la culata, pero desafortunadamente empezaban a ser muchas, quizás demasiadas. Una vez más se arrepintió de no haber dejado una constancia física de aquel hecho que debía marcar su vida de forma indeleble. Ella lo había olvidado, ya sólo quedaba él. Si algún día él lo olvidase, entonces sería como si no hubiera ocurrido, no sería un hecho, sino sólo un pensamiento que se desvanece hasta morir. Los últimos rayos de sol le devolvieron al mundo real. Se secó las lágrimas, se enfundó su viejo revólver con una muesca más y se marchó a casa.

Por el camino sigue absorto en sus pensamientos, se lleva la mano al pecho para cerciorarse de que la medalla sigue ahí. Esa medalla que ella le regaló. Por la parte de atrás tiene una fecha, la lee y calcula que hace 2557 días que cuelga junto a su pecho. Jamás en todo este tiempo se la quitado, ni una sola vez, ni un segundo. Junto con las tres fotos de ella que guarda en su pequeña cartera le acompañan haya donde vaya desde el día en el casi sin querer el primer te quiero se le escapó de entre los labios. Te quiero, pronunció mentalmente un par de veces después de haberlo dicho, y se sintió satisfecho porque casaba perfectamente con lo que sentía.

Una vez vio una entrevista en televisión. Le preguntaron a un torero cómo se sabe cuando ha llegado el momento de retirarse. Cuando empiezas a planteártelo contestó él muy sabiamente. Porque cuando uno se pregunta por primera vez si quiere seguir haciendo lo que está haciendo, es que ha comenzado el principio del fin. Cuando eres feliz nunca te planteas acabar con el origen de tu felicidad. Pero cuando el escudo de tu felicidad se resquebraja, empiezan a colarse pensamientos negativos que hacen que aumente tu vulnerabilidad, hasta tal punto, que un día el escudo ya no sirve, y tu felicidad ya no tiene defensa posible. Entonces, hay que saber reconocer la derrota, rendirse, capitular. Él lo hizo. Un día se cansó de luchar y se dio por vencido. Se rindió porque se había dado cuenta de que había perdido uno de sus bienes más preciados: el entusiasmo. La edad arruga la piel, pero renunciar al entusiasmo arruga el alma; se dijo a sí mismo mientras recordaba una de sus frases favoritas. Pero no sólo había perdido el entusiasmo, también había perdido la ilusión. Perdió la ilusión para pensar en nuevos regalos para ella, perdió la ilusión para comprarle ropa atrevida, para planear unas vacaciones románticas en velero o para escribir una bonita tarjeta de cumpleaños. "Malgastar energía en un esfuerzo inútil sólo conduce a la desdicha" dijo algún filósofo griego; confirmando así una vez más la sabiduría de esa gran civilización y que estudiar a los filósofos sirve de algo, cosa que todo el mundo pone en duda, al menos cuando

está en la escuela. Exactamente así se sentía él, desdichado. Había gastado una gran cantidad de energía en un esfuerzo inútil, física y anímicamente cansado, destrozado, hundido, apesadumbrado. Hizo lo mejor que podía hacer. No le quedaba otra alternativa; había perdido la batalla. Porque sólo después de ésta, cuando has recuperado el aliento, puedes mirar a tu alrededor, observar el campo de batalla, analizar las pérdidas y valorar si mereció la pena o no. Entonces, y sólo entonces, es posible que pueda renacer la ilusión. La ilusión por ver a alguien, la ilusión de compartir un rato o una actividad, de regalar algo, de tener ideas nuevas sobre cosas nuevas para compartir; la ilusión de planear el futuro. La ilusión es aquello que te hace feliz mientras piensas, planeas y ejecutas como hacer feliz al otro. La ilusión lo es todo, porque sin ilusión, y por tanto sin entusiasmo, hasta la tarea más sencilla se convierte en tediosa, y a veces, incluso en irrealizable. El conocía bien todas aquellas sensaciones.

Pero por suerte lo peor ya había pasado. Por fin veía el final del túnel, y junto a la luz que provenía del otro extremo de nuevo la ilusión y el entusiasmo. Ahora, al mirar hacia atrás se percató de que ya ha vivido anteriormente el mismo proceso. Nunca es igual en apariencia, pero siempre es parecido en el fondo. Lo único que cambia es que la última vez siempre te parece la más terrible, pero no es así, simplemente es la más reciente. Esta sensación forma parte de la capacidad humana para adaptarse al sufrimiento, olvidando las malas experiencias, o al menos minimizando su recuerdo. Ocurre lo mismo con las sensaciones positivas. La última vez que te enamorastes parece la única, o al menos la más auténtica. No es verdad. Es sólo la más cercana.

Una extraña sensación de libertad le embargó, era como si se le hubiera quitado un peso de encima. En los últimos meses había llorado más que en toda su vida y había sentido en el estómago la punzada constante de la desesperanza, pero ahora, después de todo esto sentía una especie de alivio, de bienestar. Entonces fue consciente de lo que había ocurrido. Simplemente había asimilado, interiorizado, aceptado, que su vida debía tomar un nuevo rumbo, que debía empezar a navegar en dirección al sol y salir de la tempestad. Siete años y cuatro meses juntos son muchos, y tomar una decisión de este calibre le había costado un esfuerzo inaudito. Había sido muy duro llegar a esta conclusión y actuar en consecuencia. Abandonar a alguien a quien se ama es terriblemente amargo y causa una gran rabia y pena. Pero a veces no hay más remedio. Sabía que ella también le quería, pero a veces amar no basta, no es suficiente. No todo el mundo tiene la misma forma de amar, y muchos, por su forma de entender el amor o de ser, no pueden hacerte feliz, sino por el contrario solo causarte dolor.

Aquella noche por primera vez en mucho tiempo se sintió tranquilo. Sus ojos se cerraron poco a poco y se fue quedando dormido mientras intentaba dilucidar como sería su vida a partir de ahora, como sería su futuro, que cosas nuevas le depararía el transcurrir del tiempo. De nuevo sintió esa sensación de liberación. La libertad está ahí afuera, al otro lado de esos muros que nosotros mismos construimos fue su último pensamiento antes de quedarse dormido.